

PAUTAS DE ORACIÓN

Fraternidad Misionera “Verbum Dei”



EL AMOR DE DIOS HECHO CARNE: ENCARNACIÓN (III)

15. 03 ¡EL MEJOR REGALO!

el Hijo de Dios



INTRODUCCIÓN:

La ENCARNACIÓN del HIJO DE DIOS es el mejor REGALO que se nos ha hecho: Él es el hombre LIBRE y viene para ser, delante de nosotros, lo que nosotros estamos llamados a ser: hijos libres y felices

Con su presencia nos invita a seguirle en una libertad gozosa. Él, nuestro Maestro, “empezó a hacer y a enseñar” (Hch 1,1). “El mundo de hoy necesita testigos, más que maestros, o mejor, maestros que sean verdaderamente testigos” (EN nº 41) de una forma vivencial: a semejanza suya y seducidos por Él, nosotros somos invitados a hacer y enseñar ¡con la vida!

Siendo hombres libres, nuestro anuncio y testimonio deberá convencer de tal manera que las personas se sientan atraídas por el Jesús con el que vivimos, al que seguimos y anunciamos. La unión con Jesús será la mayor fuente de energía que imprimirá en el apóstol **-todos los bautizados estamos llamados a serlo-** una pedagogía particular para despertar y hacer asequible a todos, la llamada de Cristo de forma que cuanto antes se decidan a seguirle con radicalidad.

Buscaremos y preferiremos ir desenredados de nosotros mismos, de personas y cosas, sin alforja ni calzado (Lc 10,4), sin atender a la opinión de los hombres (Mt 10,28), sin miedo a no ser sabios según el mundo o a ser odiados por él (1ªCor 1,26-29) o a enterrarnos y pudrirnos, como el grano de trigo, para que el fruto sea más abundante (Jn 12, 24-26).

Nuestro testimonio de vida y nuestra predicación no podrán jamás consistir en teorías abstractas o desencarnadas, sino que buscarán en todo momento la intencionalidad misma de Jesús: proponer a todos un Camino claro, basado en la Verdad que nos da la Vida (Jn 14, 6).

IMPLICACIONES

1) Seguimos a Cristo para realizar el IDEAL DE DIOS sobre nuestras vidas:



El ideal que Jesús nos presenta, por el cual, el Hijo de Dios se encarnó, nació y murió, no es otro que la realización del sueño para el que Dios creó al hombre: cada uno de nosotros

fue creado a su imagen y semejanza (Gn 1, 26-27). Esto es, a la medida-forma y fisonomía-rostro de Dios.

Jesús vino, pues, para ser el único Camino, Verdad y Vida para el hombre (Jn 14,6). Ese es nuestro horizonte, el que tendremos siempre delante como una estrella que nos deslumbra pero a la que no podemos nunca agarrar. Es un horizonte inmenso, tan grande que no cabe en nuestra mente ni en nuestras manos -ansiosas de poder-, por eso siempre tendremos la sensación de no llegar nunca, de estar siempre en camino ¡gracias a Dios! ¡De otra forma la realidad sería demasiado pequeña, como pequeñas son nuestras pretensiones!

Y sin embargo, en este caminar, podemos experimentar el gozo de ir creando este ideal y de ayudar a otros a hacerlo: “Sed, pues, -dice Pablo- imitadores de Dios como hijos queridos” (Ef 5,1).

“Se hace camino al andar y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar”, dijo uno de nuestros poetas. En efecto, aunque a veces nos parezca que estamos siempre en el mismo lugar ¡nada más lejos de la realidad! Cada uno de nuestros pasos forja el siguiente. Hay veces que el proceso aparece claramente ante nuestros ojos, está bien dibujado en nuestras opciones... Pero también los errores, las dudas, las dificultades, las oscuridades forman parte de ese horizonte que atraviesa valles, prados y montañas... En este vaivén de circunstancias quiso meterse nuestro Dios encarnado para que, en cualquier circunstancia, encontremos la mano amiga y firme que nos empuje a seguir persiguiendo nuestro SER.

2) Seguimos a Cristo en su misma intencionalidad.



La intencionalidad de Cristo está enfocada hacia nuestro ser cristiano. Lo que Él persigue es suscitar en nosotros el deseo de seguir, imitar y reproducir este anhelo del Padre: que el hombre camine hasta ser Él.

Del Catecismo de la Iglesia Católica: n°

457 El Verbo se encarnó para salvarnos reconciliándonos con Dios: "Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados", "El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo" (1 Jn 4, 10.14).

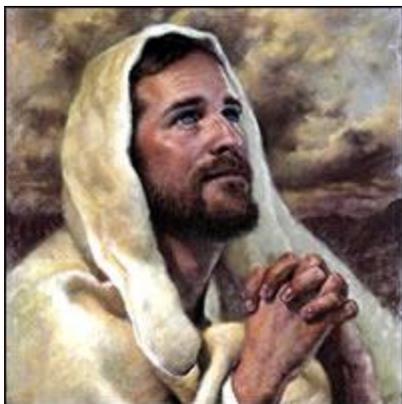
458 El Verbo se encarnó para que nosotros conociésemos así el amor de Dios: "En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él" (1 Jn 4, 9).

459 El Verbo se encarnó para ser nuestro modelo de santidad: "Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí ... "(Mt 11, 29). "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14, 6). Y el Padre, en el monte de la Transfiguración, ordena: "Escuchadle" (Mc 9, 7; cf. Dt 6, 4-5). Él es, en efecto, el modelo de las bienaventuranzas y la norma de la Ley nueva: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15, 12). Este amor tiene como consecuencia la ofrenda efectiva de sí mismo (cf. Mc 8, 34).

460 El Verbo se encarnó para hacernos "partícipes de la naturaleza divina" (2 P 1, 4): "Porque tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: para que el hombre al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios" (S. Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, 3, 19, 1). "Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios" (S. Atanasio de Alejandría, *De Incarnatione*, 54, 3: PG 25, 192B). "El Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza, para que, habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres". (Sto. Tomás de Aquino, *Oficio de la festividad del Corpus, Of. de Maitines, 1er Nocturno, Lectura I*).

La realidad vivencial del cristiano, que no lo es sólo de nombre, sino que busca con la vida, en un proceso constante, seguir a Cristo supone un cambio radical de valores: el cambio de la muerte por la Vida, de lo caduco y mortal por el Inmortal y Eterno, del vacío o negación del hombre por la afirmación y la plenitud, del yo limitado - envuelto en la mezquindad y la miseria- por la Creatura Nueva, el Hombre Nuevo, el Hombre Resucitado.

3) Seguimos a Cristo en estado continuo de obediencia a la voluntad del Padre.



Este estado de vida nueva y de amor perfecto se caracteriza sobre todo por el estado de obediencia. A imitación de Jesucristo quien dijo: “He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad!” (Hb 10, 7), seguiremos a Jesús viviendo la obediencia para hacer siempre la voluntad del Padre. La obediencia evangélica no es anulación, desprecio o pérdida de la libertad; es

su mejor garantía, potenciación y elevación al depositar este don, libre y voluntariamente en manos de su Autor para su mayor eficacia y rendimiento. La obediencia constituirá la vivencia más profunda y la expresión más genuina de nuestro amor al Cristo total, Cabeza y miembros.

El 3 Oct 2017, en la Homilía de Sta. Marta, el Papa Francisco nos decía: “**Jesús, continuó hasta el final, fue obediente.** Eso es lo que quiere el Padre. **Obediente, con decisión, y nada más.** Es así hasta el fin. El Señor acepta la voluntad del Padre con paciencia. Es un ejemplo de camino que consiste no solo en morir sufriendo en la Cruz, sino también en caminar con paciencia”.

Los discípulos de Jesús no comprendieron la decisión de ir a Jerusalén sabiendo que allí le esperaba la Cruz, “no entendían qué quería decir, o no querían entender, porque estaban asustados y desconocían la verdad”. “Jesús estaba solo. Nadie le acompañó en esta decisión porque nadie comprendía el misterio de Jesús. Jesús estuvo solo en el camino hacia Jerusalén hasta el fin. Pensemos en el abandono de sus discípulos, en la traición de Pedro... estaba solo. Él decidió seguir siempre adelante, dar la cara, y dar las gracias”.

El Papa invitó a meditar sobre las veces que los cristianos abandonan al Señor:

“¿Cuántas veces intento hacer tantas cosas y no te miro a ti, que has hecho tantas cosas por mí? ¿A ti, que con tanta paciencia toleras mis pecados, mis fallos? Hablemos así con Jesús”.